

UNA PRIMA DE GALDÓS

POR

JAVIER CAMPOS ORAMAS

«Si el historiador acaso no las nombrase, peor para él; el novelador las nombrará, y conceptuándose dichoso al llenar con ellas su lienzo, se atreve a asegurar que la ficción verosímil, ajustada a la realidad documentada, puede ser en ciertos casos más histórica, y seguramente es más patriótica que la historia misma»¹.

1. «SI EL HISTORIADOR ACASO NO LAS NOMBRASE, PEOR PARA ÉL; ...»

Con estas palabras escritas por Benito Pérez Galdós nos adentramos, cautelosamente, en la vida de su autor. En esa vida, de la que quiso ser tan reservado que sus exégetas presumían, presumen, de tener por maestro a uno de los pocos escritores que han silenciado una parte interesantísima de su propia vida: su juventud pre-madrileña.

De la primera parte de la vida de Benito Pérez Galdós poco o nada parece, hasta el momento, que se puede conocer por su obra literaria. El novelista oculta, cuidadosamente, sus años mozos bajo una capa de indiferencia y de escaso interés. Ya siendo un hombre maduro de cuarenta años colabora con Ar-

¹ *El Terror de 1824*: Cap. V, pp. 52-53.

mando Palacio Valdés en su famoso cuento «Un estudiante de Canarias»². En ese momento, aparentando una cierta debilidad, se permite unas crípticas declaraciones de lo que sus ávidos fans deseaban y desean saber. La razón de tal obscuridad es que hubo, en la vida de nuestro gran escritor, un pasaje poco grato de recordar que ni propios ni extraños quisieron referir. Cosa bien extraña, conociendo al género humano, o no valía la pena contarlo, obvio y común. Algo hay ahí que no se ajusta a la razón de la sinrazón. ¡Veamos!

Ya es sabido que Benito tuvo un romance con su prima, la cubana Sisita. Ambos pollos de la misma edad. Ella nacida en Trinidad de Cuba, de una alianza «pecaminosa» entre José María Galdós Medina, tío materno de Benito, y Adriana Tate, viudita por partida doble, anglo americana. Los hijos del primer matrimonio de Adriana Tate casarían con un hermano y una hermana, respectivamente, de Benito. Inverosímil, pero cierto.

Domingo Pérez Galdós y su esposa Magdalena Hurtado de Mendoza Tate, más su hermano Pepe, su madre Adriana y la niña Sisita, con el tiempo y buenos caudales, se trasladaron a Gran Canaria. Aquí Pepe casará con la única hermana Pérez Galdós que contrae matrimonio: Carmen³.

¿Cómo se justificó la presencia de la niña Sisita y en que rango vino? No lo sé con precisión, pues los borradores de los padrones municipales, que no son precisos y ofrecen bastantes confusiones, sólo nos orientan. Por ejemplo, en uno la cubanita figura como «Josefa Spanisch»; en otro «Sisa Hurtado de Mendoza»; en otros no se la registra. Las fechas y procedencias varían también: *typical spanish way*.

Volviendo a la relación de nuestros tórtolos, decir que tal enamoramiento causó pánico en la madre de Benito. Doña Dolores se las ingenia, según Pedro Ortiz-Armengol⁴, para en-

² BRIAN J. DENDLE, «Palacio Valdés, “Un estudiante de Canarias”: A forgotten article of 1883», *Anales Galdosianos*, pp. 97-104, 1989.

³ De este matrimonio y del realizado por Ignacio, con Caridad Ciria Vinent, proceden los actuales parientes del escritor.

⁴ PEDRO ORTIZ-ARMENGOL, *Vida de Galdós*, Ed. Crítica, Barcelona, 1996. Entiendo que hasta el momento de redactar estas notas, es el mejor compendio de lo hasta ahora publicado y por lo tanto lo sigo *con casi* valor de catecismo.

viar al muchacho a Madrid, nada más terminar los exámenes de Bachiller que le permitían entrar en una universidad. Tal es la premura que cuando Benito va a La Laguna, a examinarse, no regresa a Gran Canaria sino que, según el investigador galdosiano José Pérez Vidal, de allí parte rumbo a Cádiz.

¿Por qué ese agobio? ¿Hubo algún síntoma o temor de algo irreparable? ¿Tan mal se entendía ese posible matrimonio? ¿Por parentesco? ¿Por la condición de la muchacha?

Conviene recordar que la joven tenía un padre medianamente rico en Cuba, de quien era única heredera. Además las relaciones entre aquél y ésta se demostraron positivas y el matrimonio hubiera sido visto con buenos ojos pues cerraría, convenientemente, una escarificación en tan nobles hidalgos, los Galdós.

La chica acabó casada con un Galdós cubano: Pablo. Al decir de Ortiz-Armengol este Pablo era hijo ilegítimo de Domingo Galdós Medina y de Eleuteria Mesa⁵.

El problema alcanzó unas dimensiones que a nosotros se nos escapan. No tenemos argumentos contundente, irrefutables, para contestar a las cuestiones que surgen. Lo más razonable es aceptar que Dolores Galdós Medina consideraba, como buena madre, que era un amor prematuro, propio del atolondrado Benito y que convenía primero asegurarse un futuro. En el caso del niño chico de la casa tenía que ser una carrera universitaria pues ya había demostrado ser un buen estudiante y aventajado enamorado. A ello había que añadir que era un pésimo guerrador de patio y calle, muchacho de endeble salud, por lo tanto ni Iglesia, ni Milicia, ni emigración.

Ni los pasos del tío Domingo Pérez Macía, capellán de las Milicias Canarias en la Guerra de Independencia; ni los pasos del padre, hermanos y tíos, militares de profesión, eran adecuados. Lo de ir a buscar fortuna a las *américas*: ¡ni pensarlo! Nada, *p'a leyes, p'a letrado*. ¡Y tan letrado le salió el chico! para sufrimiento y vergüenza de doña Dolores e hijo Ignacio⁶.

⁵ No obstante hay que entender que el apellido Galdós no era exclusivo de la familia del futuro escritor.

⁶ Según parece, aquélla despidió a una sirvienta por celebrar con alborozo un triunfo literario del *chico* (Pérez Vidal dixit) y éste, Ignacio, cuan-

Es evidente que el señuelo de Madrid y la presión familiar fueron suficientes para un muchacho tan irresoluto y dócil como parece ser que era Benito, en cuestiones que no fueran su futura ambición literaria. Que ni ambición de figurante tuvo sino que era un monomaniaco, que todo se le iba en escribir, escribir, tanto que del mundo se ausentaba. Él mismo lo cuenta en el artículo ya comentado de Palacio Valdés⁷. La familia pensaría que la actitud de Benito, en el tema de Sisita, demostraría si su amor era lo suficiente sólido o una simple chiquillería.

¿Quién tomaría las riendas del asunto? Doña Dolores, como buena matrona *ancien régime*, cuidaba mucho las formas, don Chano es evidente que no era la persona adecuada, ni la edad ni su carácter complaciente lo hacía idóneo⁸. ¡A quién se parecerá este hijo mío!, parece que estamos oyendo la voz de doña Dolores. El indicado era Domingo, en quien habían recaído las responsabilidades de jefe de familia, ante la claudicación vergonzosa de su padre. Además, «el problema», Sisita, lo había traído él de Cuba, era la hija de su suegra, ¡esa extraña señora! ¡por dejarlo ahí! Así que vas y le dices a tu hermano Benito, bla, bla, bla,... Con el tiempo Domingo acusaría el golpe⁹.

Benito a Madrid; Sisita en casa, hasta ver que medidas se toman. Entre éstas es fácil admitir que se le buscara un marido. Una joven que ya había sido tocada por el amor, y tal vez por algo más, no convenía dejarla a la mano de Dios o del Diablo, ¡que todo puede ser! Recordemos que, en aquel entonces, a

do le hablaban del tema, decía con resignación: «cosas de mi hermano Benito». Tener en cuenta esto: Ignacio hizo una buena carrera militar, llegando a Capitán General de Canarias y no era cosa de jugarse el tipo incordiando a tal autoridad con comentarios poco afortunados sobre Benito y las anécdotas de la familia. Junto a ello era famoso su severidad de carácter. Además a lo largo de la vida del Novelista hubo episodios amorosos bastante difíciles (muerte de Lorenza Cobián, etc...).

⁷ Ciertamente después dirigió varios periódicos y luchó por dar salida a su obra literaria, hasta que la edad le fue recluyendo y tuvo que declinar responsabilidades.

⁸ Valsequillo, 1784-Las Palmas G. C., 1871. Casó en Las Palmas G. C. en 1823.

⁹ Dolores Galdós Medina, 1800-1887, aparte que ya no era una joven-cita, era conocida por su fuerte carácter.

las muchachas poco o nada se les permitía opinar en tan trascendental tema, eso lo arreglaban los mayores, para bien de las criaturas que «no sabían lo que les convenía». El amor se acababa, las necesidades de comer y vestir: nunca. Así que se establecían, se establecen en nuestro caso, negociaciones con un hombre maduro, sensato, con posibles y si todavía está de buena presencia, mejor. ¿No es, acaso, lo que se hizo con Adriana Tate, su madre, cuando la casaron con el viejo Ambrosio Hurtado de Mendoza, allá en Trinidad de Cuba, y con tantísimas chicas de aquella época? Recordemos la férula *bernardalbesca* que había establecido Dolores Galdós con sus numerosas hijas. De seis sólo casó una¹⁰. Había que dotarlas convenientemente, eso suponía fragmentar el patrimonio y empobrecerse todos. En otras sociedades más primitivas las asesinaban nada más nacer¹¹.

¿Cuál fue el comportamiento de Sisita ante la situación? ¿Sería ella la que dio el primer paso de la ruptura que sutilmente imponía la familia? ¿No sería esto último lo que hizo que Benito no quisiera regresar a su casa después de los exámenes? No querer volver a la ciudad donde estaba la despiadada. Si él hubiera ardientemente deseado estar con la amada, y saberse amado, sólo tenía que suspender los ejercicios, ¡con lo distraído que era!, y retrasar la marcha a la universidad. Pero hemos visto que no y que a lo largo de su vida le costará volver. Cierto que en aquel entonces los viajes no tenían nada que ver con los de ahora.

Y hasta aquí la situación histórica. «Si el historiador acaso no las nombrase, peor para él; ...».

¹⁰ Soledad, Tomasa, Carmen, Concepción, Dolores, Manuela. Ortiz-Armengol no cita a Dolores, pero esta joven aparece en los borradores de los padrones municipales, con edad entre Concha y Manola.

¹¹ Ante el bienestar económico del novio y la amistad-parentesco con el hermano de la novia, Domingo, posiblemente Carmen Pérez Galdós no llevara dote, fuera del menaje de ropa blanca. Incluso el afortunado Domingo compró propiedades a su padre y compró o tomó prestado, con pago de intereses, las partes de la herencia de sus hermanas para darles cierta liquidez e independencia económica a la casa paterna.

2. «... EL NOVELADOR LAS NOMBRARÁ, ...»

En efecto, el escritor de la gran novela titulada *Episodios Nacionales*, abordará el tema que para él significó tanto. Cuando lo vuelve a tratar ya han pasado bastantes años, catorce, pues es en mil ochocientos setenta y seis cuando aparece firmado el episodio número 14, *El Grande Oriente*. La herida debe estar algo cicatrizada, no del todo, y, tal vez, el incluir el tema en dicho trabajo sea por recomendación de alguien que conoce la tragedia interna del personaje. Alguien que sabe como sufre y que le aconseja, si es que necesitaba de tal consejo el novelista, de pasar a la ficción lo que había sido cruel realidad.

¿Por qué ahora vuelve a surgir el tema?¹²

Indudablemente una razón poderosísima ha sido la muerte de Sisita en el 72. La muerte todo lo muda, todo lo cambia, da perspectiva a la vida y a los hechos del pasado. El saber del triste final de la amada tuvo que remover los posos amargos que la vida en Madrid no le había hecho olvidar. No estamos hablando de un personaje frío e insensible, todo lo contrario. Benito era un hombre sensible, tímido, impresionable, pero con unas cualidades excepcionales que le permiten desviar sus problemas al campo de la literatura. De esta manera se libera, en cierto modo, de la presión inmediata, de los problemas propios y ajenos. Estamos conociendo a alguien muy cualificado para encauzar su sensibilidad, sus experiencias, por el camino de la manifestación escrita y allí disimularla, si lo creyera necesario, de la forma más sabia. Y ésto es lo que va a hacer con su drama interno que realmente nunca le abandonará, pero que él reconducirá, en la medida que pueda, a otros campos, no siempre literarios.

El desengaño amoroso, si es que así se le puede titular, tomará cuerpo en el capítulo XII del *Episodio* ya nombrado. Se alargará hasta el final del mismo y enlazará con el número dieciséis, *Los cien mil hijos de San Luis*, para volver a ser retomado. Muchos años después, la presencia de otros acontecimientos refrescan los hechos que se creían superados, si es que no lo

¹² Ver trabajo mío, «Inés, el amor de Galdós», publicado en *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 47, año 2001.

estaban ya hacía mucho tiempo, y surgen en la obra de nuestro escritor. A mi entender, como ya indiqué, el tema ya había sido tratado, tímidamente, en la primera serie y volverá, como acabo de sugerir, cuando escriba *España sin rey*.

Históricamente las fechas de la serie, que comento ahora, son 1821-1823, durante El Trienio Liberal y la llegada del ejército de la los *reinos unidos* de La Santa Alianza.

¿Por qué estas fechas? Pienso que el tema le ronda continuamente y hay una necesidad espiritual que alimentar. Además, se escribe mejor tratando lo que mejor se conoce.

3. REPARTO POR ORDEN DE APARICIÓN

Entendiendo que la ficción, como tal, permite al novelador añadir, mezclar, quitar, en suma: alterar los perfiles de la realidad. Así nos lo dice el propio escritor, me atrevo, con bases razonadas, a hacer esta distribución de roles dramáticos:

PERSONAJES EN LA FICCION	PERSONAJES EN LA HISTORIA
• José del Campo: Director de Correos, tío y tutor de Andrea. Como tal organiza la separación de ambos, apartando a Monsalud y relacionando a la joven con Falfán de los Godos . Amigable con su hermano de logia, Salvador, a pesar de la «jugarreta», procura compensarle de la mejor manera posible. • Andrea: huérfana, americana, con ciertas disponibilidades económicas, zalamera, coqueta. Mantiene una honesta relación amorosa, con notas de juegos infantiles, con Salvador Monsalud a quien «traiciona» con un viejo galán, por presión familiar. Después quiere retractarse.	• Domingo Pérez Galdós: hacendado, pariente y tutor de Sisita. Según parece, como tal organizó la separación de ambos, enviando uno a Madrid y relacionando a la joven con Ponce de León. Amigable con su hermano Benito, a pesar de la «jugarreta», procura compensarle de la mejor manera posible. • Sisita: huérfana, cubana, con ciertas disponibilidades económicas. Desconocemos sus otras cualidades. Mantiene una honesta relación amorosa con su primo Benito Pérez Galdós, a quien «traiciona» con un viejo galán, ¿por presión familiar, por despecho? ¿Quiso retractarse?

Vive bajo la tutela de su tío José y de su tía Romualda Campos. • Romualda Campos: tía de Andrea, señora distraída e irresponsable como tutora. • Falfán de los Godos: distinguido caballero, entrado en años, pero muy bien situado social y económicamente. Conocedor de su papel no espera «pasiones exaltadas», sólo desea un «amor tranquilo y sedudo...» • Salvador Monsalud: joven intrépido, adornado con cualidades artísticas, entre ellas la literatura, que se ha visto rechazado por Andrea. • Solita: casi hermana de Salvador, su consejera, es el referente familiar en Madrid, ella es quien organiza su vida doméstica.	Vive bajo la tutela efectiva de su pariente Domingo y de su hermanastra Magdalena Hurtado de Mendoza. • Adriana Tate: madre de Sisita, debido a determinados problemas su posición no es muy autorizada. • Ponce de León: distinguido caballero, entrado en años, pero muy bien situado social y económicamente. A estas virtudes hay que añadirles que era notorio artista y el <i>donjuan</i> de la localidad. • Benito Pérez Galdós: joven indeciso, adornado con cualidades artísticas, entre ellas la literatura, que se ha visto rechazado por Sisita. • Magdalena: casi hermana de Benito, su consejera, es el referente familiar en Madrid, ella es quien organiza su vida doméstica.
---	---

4. DESCRIPCIÓN DE LOS PERSONAJES Y SUS CIRCUNSTANCIAS*

A) *José Campos/Domingo Pérez Galdós*

José Campos

«El *Venerable* o presidente era un hombre como de *sesenta años, de agradable y* aún hermosa presencia, fisonomía simpática, sonrisa esculpida, más bien de cortesía que de burla. En todo él había marcadísima expresión de contento de la vida, un singular convencimiento de que el

* Evidentemente la cursiva es mía y con el objeto de fijar la atención del lector en las coincidencias.

mundo era bueno, y si se quiere, de que el Arte Real era óptimo. Vestía con elegancia, y los atributos, y arreos de la masonería, que no tienen comúnmente nada de airosos, le sentaban a maravilla. Había en su bizarra apostura corpulenta cierto aire de obispo y también algo de hombre de mundo, sin que pudiera adivinarse cómo se verificaba la síntesis de estos dos términos tan diversos.

Aquel personaje, que a pesar de su indudable influjo en los sucesos de su época ha escapado, por extraño fenómeno, a las fiscalizaciones entrometidas de la Historia, se llamaba don José Campos. *Este era su verdadero nombre, y no anagrama impuesto por el novelador para tapar una celebridad; mas no lo busquéis en la Historia, como no sea en algún olvidado y oscuro libro de masones, buscadlo en la Guía de los forasteros, porque era director general de Correos.*

A pesar de la poca resonancia de su nombre y de no estar asociado éste a ningún mérito político ni oratorio, ni menos a batallas o sediciones, es indudable que el portador de él fue uno de los hombres más importantes del célebre trienio. A él se debió la organización de la masonería en aquel pie de ejército poderoso. *Lo que no se comprende fácilmente es la razón de su modestia.* Campos no quiso nunca salir de la Dirección de Correos, aunque su familiaridad con ministros, generales y consejeros le ponía en la mejor situación del mundo para satisfacer su vanidad si la hubiera tenido. De las más verosímiles tradiciones masónicas se desprende que el Venerable en cuestión *era de los que se agachan para dejar pasar las turbonadas* y los pedriscos, conservando siempre el mismo sitio y no dejándose arrastrar por la furia de las pasiones, con lo cual, si aparentemente adelantan poco, en realidad salen siempre ganando y no están sujetos a las caídas y vaivenes de la gente muy visible y talluda. Más hábil vividor no lo conocieron los pasados ni conocerán los venideros siglos.

Los anales masónicos están conformes con asegurar que Campos tenía en las logias el nombre de *Cicerón*»¹³.

«Vivía, pues, pacífica y cómodamente con su familia, no por cierto muy numerosa, pues constaba tan sólo de dos personas: su hermana doña Romualda [...] y su sobrina Andrea, hija de Mauricio Campos, [...]»¹⁴.

¹³ *El Grande Oriente*, cap. VIII, p. 61.

¹⁴ Cap. XII, p. 90. (Si no se señala el título del *Episodio*, se sobreentiende que es el núm. 14, *El Grande Oriente*).

La relación de d. José Campos con Andrea nos la comunica Pérez Galdós con estas palabras:

«El buen tío, que no era tacaño y gustaba de que su pupila se presentase bien, abrió bastante la mano en lo relativo al lujo. Esta era la fórmula de su cariño, porque sin duda hay distintas maneras de amar a las sobrinas. Además, Campos, por razones de egoísmo, tenía empeño en no contrariarla, deseando alcanzar de ella consentimiento para un proyecto nupcial que entre manos traía después de la revolución»¹⁵.

El proyecto no tenía nada de novedoso para aquellos tiempos. En estos casos lo que se buscaba era traspasar las responsabilidades a otro y ¡allá se las entiendan! Como en todas estas cosas hay algo de mercadeo: *do et des*¹⁶.

«El proyecto consistía en casarla con un señor de edad algo avanzada, pero entero, arrogante, fino, discreto, y que sabía ocultar sus años y aun hacerse amable, pues a tanto llega en privilegiados individuos el arte social. El marqués de Falfán de los Godos era un medio siglo bien conservado, gracias a reparaciones hábiles y a un cuidado continuo»¹⁷.

Previamente había que quitar de en medio al querido, pero inoportuno, Salvador, para ello se traza un cuidadoso plan que, posteriormente, le expone a Salvador cuando ya ha cerrado la operación de chalaneo. Dicha operación la tenemos aquí:

«(Conversación entre Campos y Monsalud).

—Pues yo me retiro —dijo Monsalud resueltamente.

—Aguarda, torpe, ingrato. Te he dicho que iba a darte una pedrada esta noche.

—No estoy para bromas.

—Vamos, será preciso cogerte con lazo, y luego atarte las manos para que no des bofetadas a tus favorecedores.

¹⁵ Cap. XII, p. 92.

¹⁶ Permítaseme el cambio del *ut* por *et* que aquí tiene este otro significado.

¹⁷ Cap. XII, p. 92.

Campos saco del bolsillo un pliego doblado en cuatro.

—Aquí tienes tu destino.

—¿Qué destino? —preguntó el joven con asombro.

—No te hagas el tonto, Salvador, ni vengas acá con ridículas y mentirosas modestias. Con esta clase de latigazos se domestica a las fieras catonianas. *Ya sé que no te gusta pedir nada; ya sé que te falta boca para proclamar tu horror a los destinos públicos y censurar la ambición y a los ambiciosos.* Todos hacemos lo mismo; pero cuando nos dan algo... lo tomamos.

—Yo no entiendo una palabra de lo que usted me dice.

—Vamos, que no te falta ya más que hacerte anacoreta y excomulgarme por favorecerte. No tanto, joven modesto. Aquí tengo una credencial de treinta mil reales, una canonjía admirable en la secretaria del Consejo de Indias. [...]

—Estoy muy agradecido a usted, pero no acepto.

—Es el primer caso que veo en España. querido Salvador —dijo Cicerón con la malicia escéptica que le era habitual—; es el primer caso que veo de un hombre a quien le dan esta bendición de Dios que yo tengo en la mano y se queda sereno y frío como tú estás ahora. Tú no eres hombre, tú no eres español.

—Pero ¿usted por su propia iniciativa, ha pedido para mí ese destino no habiéndolo solicitado yo? —preguntó el joven. *tratando de averiguar el motivo de aquella protección sospechosa.*

—Hombre, la verdad.... a mí no se me ocurría tal cosa; pero mi sobrina Andrea, que a todo atiende, que todo lo prevé, que sabe tan bien adivinar las necesidades, me dijo no hace muchos días: “Es una vergüenza que hayan colocado tanta gente inepta y esté sin destino Salvador Monsalud”. Comprendí que tenía razón. y le contesté que tú nunca habías pedido nada y que en la casa del señor duque del Parque estabas muy bien... Ella me dio a entender que deseas la plaza.

—¡Yo!

—Tú. Andrea es excelente, es caritativa como ninguna, y estima mucho a todos mis amigos. Me ha dicho que habías estado en casa a verme, que no hallándome, esperaste largo rato; que estabas meditabundo y cariacontecido; que te dio conversación para distraerte; *que hablando de cosas de la vida*, le diste a entender con frases delicadas y parabólicas *que deseabas un buen empleo*; en suma, según mi sobrina, tú le rogaste con buenos modos que in-

fluyera conmigo para que el Grande Oriente te proporcionara una pingüe colocación.

—¡Qué falsedad!... Pero ¿lo dice usted seriamente? —preguntó Monsalud con ira.

—¿Desmentirás a mi sobrina?

—Yo no desmiento a nadie. Simplemente digo que muchas gracias y que guarde usted su credencial para otro. [...]»¹⁸.

Ante la tenaz negativa, viene una segunda oferta:

«—Entonces —indicó Campos, cruzando los brazos en señal de perplejidad—, pide por esa boca. Imagina algún imposible, *pide la luna, a ver si te la podemos dar*»¹⁹.

Aceptada la realidad por Salvador, es decir la celada que le han tendido tío y ¿sobrina?, viene una acuerdo entre caballeros. Campos continúa expresando su agradecimiento y trasluciendo sus temores. Él es consciente de la jugarreta que les ha hecho y que no las tiene todas consigo pues la pasión que han demostrado los jóvenes es recíproca y que Monsalud no es un quidam cualquiera:

«—*Cuando me quisiste pegar* —repitió Campos con burla—. Después me estuve riendo de ti dos horas. *Si yo fuera un hombre terrible*, te hubiera echado por el balcón; estaba en mi derecho.

—No lo niego, *si yo hubiera sido un hombre imprudente*, le hubiera roto a usted la cabeza; también estaba en mi derecho por haber sido engañado. Usted intentó comprarme con viles ofertas de destinos y menudencias.

—*Y ahora te compro por el precio que tú te has puesto*; por la concesión de una gracia *a que das suma importancia*. La cosa en sí es la misma: no varía más que el precio y la clase de moneda. Tú me dejas en paz mi sobrina...

—Y usted me pone en la calle a un pobre preso que será ahorcado si las cosas siguen por el camino que llevan.

—Perfectamente. Trato clarísimo y que no da lugar a engaños ni malas interpretaciones. *Do et des*.

—Campos, como hombre que ve adelantar satisfactoriamente una negociación de importancia, respiró con fuer-

¹⁸ Cap. IX, pp. 74-75.

¹⁹ Cap. IX, p. 76.

za, embaulando después media taza. Robespierre subió a sus rodillas. Uno y otro se acariciaron.

—No debieras extrañar —añadió— que yo *quisiera favorecerte con un buen destino y aun alejarte*. A mí me gusta hacer las cosas con delicadeza. De este modo se llega al objeto sin ofender a nadie, sin ruido y sin dimes ni diretes. Creí que tú, hombre listo, *me entenderías después del primer avance*, y tomando lo que te daba, te dispondrías a callar y obedecer, dejándome el campo libre. Pero no entendiste. *Tienes un candor honradillo que exige se te digan las cosas claras, y en verdad, a mí me repugnaba hablarte con claridad en asunto tan espinoso*»²⁰.

Insiste Campos en dar detalles y explicaciones de la trama interna. Esto es algo que en el fondo pondera favorablemente a Salvador pues cuanto más difícil es la conquista de una ciudad, más mérito tiene la causa de sus defensores (*Zaragoza, Gerona*). El narrador quiere dejar muy claro que la joven fue, sólo momentáneamente, débil a los ruegos de su tutor y que la astucia de éste fue la que permitió el éxito de la operación, pero reitera, aclara (raro en un supuesto vencedor) que no las tiene todas con él, que la conquista puede ser sólo ocasional. Por otra parte el novelador nos quiere dejar bien claro que Salvador renuncia a su amada por una causa muy noble, muy elevada que es una gran renuncia de algo que tenía ya en la mano.

«[...] No creas que me ha costado poco cautivar a Andreïlla. La pícara se nos escapaba como una mariposa *cuando creíamos tenerla segura*; pero conquistado tú, que eres el Montjuich, la rendición de la ciudadela es inevitable... ¿Te das por conquistado?»²¹

—*Me doy por conquistado*.

—¿Renuncias por completo y en absoluto a ella? ¿Huirás de su trato Y de su vista, y en caso de que la casualidad te la ponga delante, harás con ella como si nunca la hubieras conocido?

—Lo haré.

²⁰ Cap. XVI, p. 124.

²¹ ¿A qué viene esta comparación tan poca usual? Benito había estado en Barcelona cuando volvían de Francia y se ve que aprendió la frase bien de oídas o al ver el monte y su valor estratégico.

—¿La despreciarás, la arrojarás de tu lado, *le harás ver de una manera indudable que tú y ella sois como el agua y el fuego, que no pueden juntarse?*

—Como el agua y el fuego.

—Y si la tempestad arrecia, *¿serás capaz hasta de hacerla creer que estás enamorado de otra?*

—También.

—Vamos, eres un hombre. Tus declaraciones merecen una salva. Echemos *pólvora fulminante* en el *cañón* y disparemos.

[...]

—Pero ¿a qué vienen tantas exigencias, que parecen pruebas masónicas —dijo Salvador—, *si Andrea no necesita de mis desdenes para obedecerle a usted* ¿No ha dado su consentimiento?

—¡Ah!, ¡ah!... Fíate de consentimientos. Dicen que la palabra *veleidad* es femenina en todas las lenguas. Prueba de que todas las mujeres son veleidosas. Es verdad que Andrea, *a fuerza de ruegos, de razones, de regalos, de mimos, de promesas*, me prometió ser Marquesa... ¡Marquesa, ya ves qué pedrada!... y la muy tonta... Por algo se ha dicho que *entre el si y el no de una mujer no se puede poner la cabeza de un alfiler*.

—Ella apetece más. La ambición, una vez desarrollada, no se satisface fácilmente. Creerá que Falfán de los Godos no es bastante rico.

—Si es millonario. No va por ahí la corriente —dijo Campos con desaliento—. Es que Andrea vuelve los ojos a este tunante y se arrepiente, se arrepiente la muy pícara de la promesa que me dio. Desde el otro día... Pero yo quisiera saber qué tienes tú para trastornar de este modo *un cerebro, que después de todo es un cerebro de la raza de Campos, fecunda gente sesuda*»²².

Domingo Pérez Galdós

Hermano mayor de Benito, a quien le sacaba 18 años (1824-1870). Había tomado la carrera militar, como había hecho su padre y harían posteriormente sus hermanos Sebastián e Ignacio. Destinado a Cuba, como era preceptivo, buscó el abrigo de

²² Cap. XVI, pp. 125-126. Cámbiese el Campos por Galdós y oiremos a doña Dolores.

su tío José María Galdós Medina, personaje en Trinidad. Este le presentó a la huérfana Magdalena Hurtado de Mendoza Tate, quien poseía una adecuada fortuna junto con su hermano José. Ya veremos como el tío José María estaba relacionado con estos hermanos.

Domingo era o muy pragmático («era de los que se agachan para dejar pasar las turbonadas»²³) o muy apocado, como su santo padre. Más bien parece lo primero. El hecho es que cuelga el sable, se casa con Magdalena en 1848, liquida la fortuna colonial y se traslada, en 1850, a la isla natal para vivir como rico hacendado.

Entre los baúles se tiene que traer a su suegra y a la hija extramatrimonial de ésta, pero también a su cuñado Pepe, quien casará con su hermana Carmen. Puestas las partidas en el debe y haber (Magdalena no estará sola, Pepe le saca a una hermana de soltería, a la suegra y a la niña la controlarán sus propios, y Gran Canaria siempre será mejor que Cuba con sus infinitas enfermedades tropicales y bélicas) parece que el balance le sale favorable.

Presentado el problema, actúa como muy posiblemente le indicaron las mujeres de la familia, las mayores enemigas de las mujeres de la familia. El papel de Domingo se limita a ofrecer a Benito aquello con que puede engolosinar: tal vez un buen destino o administración de rentas en Cuba, Trinidad para ser más concreto; o *la Luna* que para un canario de aquel entonces, con ideas de publicar Literatura, estaba en Madrid.

La economía de Domingo le permitía tales generosidades, además de ser el padrino de bautismo de su hermano, era el jefe efectivo de ambas familias, la de la calle Cano y la de la calle Triana, etc.

No hay que ser muy perspicaz para entender que Domingo, aceptada *la luna* por su hermano, arrancaría de éste cuantas promesas garantizaran el fin de las relaciones y la imposibilidad de retomarlas. Es decir: un pacto entre caballeros, que sería, muy posiblemente, celebrado en la intimidad, como dos hombres hechos y derechos: con un par de salvas báquicas.

²³ Cap. VIII, p. 61. Referente a José Campos.

Conseguido esto, o en vías de solución, habría que pasar a lo otro: dar salida, conforme a la tradición social, a la situación en que estaba Sisita.

Don José de Campos confiesa que estaba ignorante de la intimidad de las relaciones de su tutelada con Monsalud y qué no sabe como pudo contenerse y cómo pudo arbitrar tal solución. ¿Le sucedería lo mismo a Domingo Pérez Galdós? Su reacción fue similar.

B) *Andrea/Sisita*

Andrea Campos

«... hija de Mauricio Campos, que volvió de Indias el año 12 con una regular fortuna de que no pudo disfrutar porque le sobrevino la muerte. *Huérfana de padre y madre a los once años de edad*, la hermosa niña quedó bajo la tutela de su tío, que no tuvo reparo en empezar su administración disipando en conspiraciones una parte de la fortuna de la *pobre indianilla*; y para mayor perjuicio de ésta, los frecuentes viajes de Campos la ponían bajo la inmediata protección de doña Romualda, que por aquellos días no había salido aún de la etapa de las calaveradas amorosas.

Andrea, cuya *crianza en América* no había sido ejemplar a causa de la temprana muerte de su madre, tuvo una escuela lamentable en la peligrosa edad del cambio de juguetes, es decir, cuando se decreta la jubilación definitiva de las muñecas y el planteamiento de los novios. Mal atendida por su tío y peor tratada por doña Romualda, a quien aborrecía cordialmente, la joven vivía ensimismada, cultivando con ardor su propia imaginación. Contrajo amistades que una madre prudente hubiera prohibido; intimó excesivamente con las criadas; paseaba en compañía de éstas más de lo conveniente, y en cambio del cariño y el agasajo que le negaran dentro de casa, disfrutaba de *una libertad que no conocían las señoritas de aquella época y rara vez las de ésta*. Por esto Andrea se parecía tan poco a *las niñas españolas de su tiempo*. Era una criolla voluntariosa, *una extranjera intrusa* que habrían repudiado Moratín y Cruz. Su familia favorecía más cada vez aquella libertad. Doña Romualda, que empezaba a sufrir la transformación de la edad paleolítica de los amores a la edad

neolítica de las devociones, tenía mucho que hacer: estaba en la iglesia. El buen Campos también era hombre ocupadísimo por aquellos días: estaba conspirando.

Era la *indiana* buena y sensible. Fácilmente comprendía la verdad por poco que se la mostraran. Fácilmente acertaba con lo justo y honrado, por simple iniciativa de su conciencia. Pero tenía ansia de afectos ardientes, y miraba sin cesar a todos lados buscándolos. Su desgracia consistía en que le era forzoso abrirse sola y sin ayuda de nadie el áspero camino de la juventud. Habría necesitado para esto tener un caudal de energía y de entereza moral que rara vez da Dios a las criaturas, pero que suplen, según admirable orden de la sociedad, las personas allegadas y mayores de la familia. Careciendo de fuerza propia y de sostén extraño, hubiera sido un prodigio que la gallarda flor se mantuviera derecha. Los prodigios son muy raros en el mundo.

Bueno es hacer constar que la pobre Andrea, avisada del peligro por una intuición potente, hizo esfuerzos instintivos para sostenerse erguida y pomposa, vuelta hacia el sol la virginal corola, pero el viento soplaba con demasiada fuerza y se dobló (?)²⁴.

Era tan guapa, que su vanidad (otra desgracia no pequeña) resultaba cada vez más lógica. Habría sido conveniente que ignorara algún tiempo la riqueza de seducciones que atesoraba en sus ojos, en su boca, en todas las partes de su cara morena y alegre, llena de inexplicables gracejos y atractivos; en su cuerpo delgado y flexible, de esos que no tienen clasificación fácil en el cuadro ginecológico, y son tales, que para buscarles semejante necesita el observador descender en busca de un ser antipático y que se arrastra: la culebra.

Pero Andrea no tuvo a nadie que le hiciera el sumo bien de engañarla durante algún tiempo respecto a su belleza, y entregóse desde muy niña al fascinador deleite de los espejos. Las criadas cantaban a su oído un coro de lisonjas. En la sala de su casa había una hermosa estampa que representaba la famosa escena de Phrine entre los jueces de Atenas, y Andrea de tanto leerla se sabía de memoria la leyenda grabada al pie con resplandecientes letras de oro. Aunque parezca extraño, conocidos los tiempos y el lugar, no puede menos de suponerse que en aquella cabeza hervían ideas gentílicas; pero el paganismo es de todas

²⁴ No en el original, la interrogación se la plantea el lector.

las edades, y buscando sin cesar dónde establecerse se mete y se acomoda allí donde no hay otra religión que haya echado raíces.

Andrea fomentó su vanidad y la adoración de si misma consagrando al adorno de la persona mucho tiempo, mucha atención y todo el dinero de que podía disponer. Si éste no abundó durante los ominosos tiempos en que Campos conspiraba, luego que vino la era feliz y fue restablecido en parte el patrimonio de la huérfana. El buen tío, que no era tacaño y gustaba de que su *pupila se presentase bien, abrió bastante la mano en lo relativo al lujo*. Esta era la fórmula de su cariño, porque sin duda hay distintas maneras de amar a las sobrinas. Además, Campos, por razones de egoísmo, tenía empeño en no contrariarla, deseando alcanzar de ella consentimiento para *un proyecto nupcial* que entre manos traía después de la revolución»²⁵.

Como se puede leer, Pérez Galdós es una mezcla de conservadurismo y generosidad e, incluso, cariño [*americanilla, enfermita, ...*] a la hora de tratar al personaje, aunque la comparación con la serpiente bíblica es impactante. Los defectos o deficiencias de la *americanita* provienen del poco cuidado con que se la ha tratado, a la vez que son generados por la irresponsabilidad que sus tutores han ejercido con ella; por lo tanto, la *indianilla*, según Pérez Galdós, no tiene más defecto que ser mujer y joven. Ya vemos, a lo largo de la obra, que el escritor comparte plenamente la misoginia de su época, rara vez mitigada por los ideales o por lo que en su tiempo eran excepciones. En él la mujer virtuosa es excepcional, bíblica; ama de casa que ha renunciado a las amenidades del mundo para dedicarse exclusivamente a su familia, con un punto y medio entre intransigente y estatuaría. Responden a este ideal Demetria, Valvenera, María Ignacia y pocas más, el resto son veleidosas con todas sus consecuencias.

Encontramos en estos párrafos otras cosas que llaman poderosamente la atención, por ejemplo: ¿de qué parte de América es Andrea? Un escritor tan minucioso y a veces porteril, como Pérez Galdós, no señala el dato geográfico de procedencia de la muchacha. Sabemos que *indiano/a* es el proveniente de la

²⁵ Cap. XII, pp. 90-92.

américa española, pero jamás se le consideraría extranjero, ¡nos cuesta hoy en día!, mucho menos sería considerado/a como tal antes de 1898, aun cuando fueran de la zona continental.

Algo similar sucede con los datos referentes a la madre de Andrea, brillan por su ausencia. En el caso de Solita, otro personaje que comentaré, los aclara con diversos detalles y la tal señora nos trae al fresco de la narración. Estas prolijas explicaciones se suceden a lo largo de toda la gran novela. ¿por qué con la madre de Andrea se ha callado?

Otra cosa que llama la atención es que la narración es posterior a los hechos, no coetánea, como casi siempre. Fijémonos en la expresión: «*una libertad que no conocían las señoritas de aquella época y rara vez las de ésta.*» ¿Cuál es ésta, señor Galdós? ¿1876, cuando ya, muy posiblemente, la señora marquesa de Falfán ha fallecido debido a su delicado estado de salud y edad?

Finalmente, en estas líneas, un algo sólo para meditar: «hizo esfuerzos instintivos para sostenerse erguida y pomposa, vuelta hacia el sol la virginal corola, pero el viento soplaba con demasiada fuerza y se dobló».

El proyecto nupcial va a tener sus obstáculos, lo que exigirá medidas adecuadas:

«[...] Si todo hubiera de resolverse entre el acartonado Marqués y Campos, la cuestión habría estado concluida en un par de semanas; pero *Andrea no quería casarse con Falfán de los Godos porque amaba a otro.* Esto sí que se parece a todas las comedias italianas del siglo XVIII, a las óperas del primer repertorio y a muchas novelas de aquel tiempo, principalmente a las de D'Arlinecourt, Madame Cottin, Florian y Mistress Bennet, *pero no es culpa nuestra que esta vieja historia se nos venga a las manos. Acontece alguna vez que las cosas vulgares son las más dignas de ser contadas*»²⁶.

¿Cómo se estableció la buena amistad?

«En los días que van corriendo para nuestra relación *hacía tres años que Andrea había entablado amistades íntimas con un hombre que cierto día se metió en su casa*

²⁶ Cap. XII, pp. 90-93.

buscando refugio contra los corchetes que le perseguían. *Como nacieron y rápidamente tomaron vuelo a manera de incendio estos amores es cosa que ahora no nos importa;* pero la libertad de que disfrutaba Andrea explicaría muchas cosas. *Pasaron días, muchos días, y con ellos sucesos buenos y malos que no merecen ser referidos.* En 1821, la casualidad, o mejor dicho, la política juntó en un círculo al amante de Andrea y a Campos: hiciéronse amigos, y cuando éste le llevo a su casa no tenía ni vagas sospechas del interés que aquella amistad inspiraba en su sobrina. De este modo, Píramo y Tisbe no tuvieron que horadar paredes para hablarse, y aunque la presencia casi constante del tío les estorbaba, viéndose a menudo, aun delante de testigos, tenían medios para preparar sus conferencias reservadas, las cuales no eran ya frecuentes porque la libertad de Andrea empezaba a disminuir»²⁷.

Creo que hay mucho que comentar pero limitémosno a lo esencial: Andrea se ha enamorado de Salvador-Benito, a ojos vista de los indolentes tutores. Hasta puede ser que, en principio, haya cierta complacencia, pero si algo hay que reprochar, en los avances de la joven pareja, es que ha sido por descuido de sus mayores. Sobre ellos cae toda la responsabilidad, Andrea sólo es una veleidosa mujer, Benito Pérez Galdós dixit.

Cuando venga la impuesta traición, Andrea se descompondrá y antes del paso final escribirá una patética esquila: «Arrepentida, arrepentida, arrepentida, de lo que hecho...» que podía ser una magnífica aria para una Tosca²⁸.

Sisita Galdós Tate

Pienso que Andrea es Sisita o Sisita fue Andrea. Esta americanita que fue aceptada sin problema, por parte de sus hermanastros y cuñado. Tuvo que ser una niña necesariamente mimada, fue la muñeca de la familia. Había solvencia económica y un futuro prometedor para ella, sólo que Benito y sus *majaderías* amenazaron con romperlo.

²⁷ Cap. XII, p. 93.

²⁸ Cap. XVII, p. 133.

La reacción del personaje no varía de las diversas que aparecen en casi toda la obra, aunque siempre hay síntomas, mejor detalles, de excepcionalidad. Analizando, en profundidad, las conductas de los personajes femeninos observamos que se repite un esquema. Pérez Galdós ha establecido, establece, el esquema que su experiencia personal y su observación le han llevado a concluir y que marcará gravemente su vida y su comportamiento con las mujeres. Este esquema es el siguiente: a) el despertar de la pasión, un arrebato incontrolado; b) un segundo paso en otra dirección, dado por la influencia de su familia o por los aconteceres externos a la pareja que la disloca (algo similar hizo Jenara Barahona con Salvador Monsalud; Inés con Gabriel Araceli; y otras....); c) un tercer momento de arrepentimiento, que suele ser frustrado o que lleva a conductas reprobables para la época, en la cual la mujer suele llevar la peor parte.

Andrea bebe los vientos por Salvador, con quien ha tenido relaciones íntimas, pero lo traiciona, para volver a él después de beber un amargo cáliz. De Sisita sabemos, oficialmente, que fue pretendida por su primo y que, cuando Benito se marcha a Madrid, aparece casada en Trinidad.

En el caso Sisita-Benito habría también, por sus mayores, cierta aquiescencia hasta ver en qué paraba el tema. Dolores Galdós puso su poderísimo veto, disculpando su opinión por el exceso de juventud de los *tórtolos*. Tal vez esta disculpa era para no traslucir su repulsa por la caribeña ilegítima y su odiosa madre, ¡qué vaya usted a saber qué le habrá transmitido en la sangre! ¡No olviden, hijos míos, que somos hidalgos, qué somos Galdós!

Lo que en un momento fue tolerado, o no percatado, podría haber sido la tercera boda entre ambas familias. Los Hurtado de Mendoza-Tate ponían la fortuna y los Pérez Galdós la gracia. Si damos crédito a las palabras de Campos, el *affaire* acabó convirtiéndose en un problema grave. No sé porqué me viene a las mientes la novela de Arturo Sarmiento Salom, *Lo que fui*. Entre Sisita y Benito debió de haber intimidad física o algo muy próximo, si no cómo se explica que la familia del escritor no haya querido conservar ningún rastro de la *indiana*, ni cartas,

ni fotos más cuando hubo boda con otro Galdós. ¿No es curioso que haya/hubo fotos de la madre de Sisita, como de casi todos los parientes, y no de la muchacha que había sido la muñeca de la casa? ¡Ah!...

Meditemos lo que le dice el tutor al amante comprado:

«[...] Te confieso, amigo Aristogitón, que cuando *sospeché tus niñadas con ella*, y más aún, cuando las sospechas se trocaron en certidumbre..., ¡ay!, *sentí impulsos de despedazarte*. Pero meditando bien, resolví tener mucha calma, abordar *la cuestión con astucia, evitar un escándalo* que pudiera perturbar la paz espiritual del buen Falfán de los Godos. De esta manera *todos quedan contentos*. No creas que me ha costado poco cautivar a Andreílla. La pícara se nos escapaba como un mariposa cuando la creíamos segura; pero conquistado tú, que eres el Montjuich, la rendición de la ciudad es inevitable... ¿Te das por conquistado?»²⁹.

Ahora el matrimonio no puede ser, con lo fácil que hubiera sido casarlos y mandarlos una temporadita a Cuba a saludar al suegro, ¡ah, Dolores Galdós! Se hace necesario tomar medidas adecuadas: un proyecto de boda y un viaje a donde sea, a la mismísima Luna, pero algo se trunció. Se trunció porque el matrimonio se realizó muy lejos, en Trinidad, escapándoseles a los Pérez Galdós las rentas del tío José María. Alivio que, de una u otra manera, tendrían en mente las resignadas solteronas de la familia. ¡No pudo ser!

A nosotros nos surgen las preguntas a borbotones: ¿Cómo es que Sisita y sus rentas no consiguieron novio en Las Palmas? ¿La reclamó el padre o se la devolvieron ante algún suceso imprevisible que exigía la salida de la muchacha de la Isla? ¿Por qué la hacen ir allá, donde no tenía más parientes cercanos que un padre soledoso? ¿Era recomendable dar tal paso? ¿Con quién marcha a Trinidad? Imposible que viajara sola.

No disponemos, actualmente, de datos oficiales para contestar a todas estas incógnitas. Algo grave ha tenido que acontecer para tomar estas decisiones tan complejas. Recordemos que, en su momento, toda la familia *cubana*, salvo José María Galdós

²⁹ Cap. XVI, p. 125.

Medina, tomó el firme propósito de establecerse en Canarias, por muchas razones. ¿Cómo es que ahora vuelve la muchacha para allá, a entregarse en brazos de un desconocido, posiblemente añoso pretendiente?

C) *Falfán de los Godos/Manuel Ponce de León y Falcón*

Falfán de los Godos

«[...] *El proyecto consistía en casarla con un señor de edad algo avanzada, pero entero, arrogante, fino, discreto, y que sabía ocultar sus años y aun hacerse amable, pues a tanto llega en privilegiados individuos el arte social. El marqués de Falfán de los Godos era un medio siglo bien conservado, gracias a reparaciones hábiles y a un cuidado continuo.* Había sido exento de Guardias, compañero de Palafox y de Godoy, y en aquellos tiempos en que los mozos guapos desempeñaban grandes papeles en la Corte y en que se hablaba, como lo prueba el desvergonzado libro de un fraile, de serrallos a la turca, de envenenamientos proyectados, de matrimonios dobles y otras barbaridades ante las cuales la discreta historia se complace en cerrar los ojos. Así como el duque de Zaragoza fue célebre y simpático por sus hurañas resistencias³⁰. *Falfán de los Godos tuvo fama por lo contrario. En 1821 era general; tenía fama no sólo de honrado y decente, sino también de gastrónomo y mujeriego, cosa natural en un solterón riquísimo y bien parecido, de ancha conciencia formada en la escuela enciclopedista del siglo pasado.*

Hacia 1820 comenzó a pesarle el celibato; echó de menos algo amante, tierno y cariñoso; es decir, los hijos que debía tener y no tenía, la esposa que siempre había rechazado como una fastidiosa carga de la vida. Falfán de los Godos pensó en casarse, y supuso que sus cincuenta años, a pesar de la madurez consiguiente, podían dar aún mucho de sí. *Acontece a menudo que estos hombres listos y conocedores del mundo pierden la chaveta cuando tratan de poner algún orden en su vida y bastardean completamente*

³⁰ ¿No estará, el novelista, enmascarando los años cuarenta y pico, del siglo XIX, época del matrimonio de Isabel II que es cuando Manuel Ponce de León vivió en Madrid? *Similis similibus.*

la meritoria idea de ser padres, que tan a deshora les ocurre. Falfán de los Godos, maestro en el arte de vivir, perdió el tino, como todos los de su clase, y en vez de buscar para esposa un tipo de bondad reposada, una madura belleza asegurada de peligros y que se acomodase fácilmente a los gustos e ideas del trasnochado esposo, *fue a incurrir en el maldito antojo de la niña fresca y tiernecita* que apenas ha empezado a vivir y tiene un porvenir ignoto delante de sus ojos chispeantes. *El no dejaba de comprender en ratos lúcidos su error; pero se engañó a sí mismo vanidosamente trayendo a la memoria su buena presencia, su gran fortuna, su fama, sus gustos artísticos, su finura, rica herencia del antiguo régimen que contrastaba con la grosería de los revolucionarios.*

Si todo hubiera de resolverse entre el acartonado Marqués y Campos, la cuestión habría estado concluida en un par de semanas; pero Andrea no quería casarse con Falfán de los Godos porque amaba a otro. Esto sí que se parece a todas las comedias italianas del siglo XVIII, a las óperas del primer repertorio y a muchas novelas de aquel tiempo, principalmente a las de D'Arlincourt, Madame Cottin, Florian y Mistress Bennet, *pero no es culpa nuestra que esta vieja historia se nos venga a las manos. Acontece alguna vez que las cosas vulgares son las más dignas de ser contadas*»³¹.

Sigue siendo pausado, el novelista, en la crítica de la persona. No hay saña a la hora de describir al acartonado galán, casi, casi lo describe de tal manera que sea justificable su aceptación como marido. Uno de lo muchos casos que se veía en aquel entonces y en éste, sólo que ahora los tutores intervienen con mucha menos autoridad.

Con el tiempo el marqués, cumplido su propósito de boda y heredero, se aleja de Andrea en busca de nuevas conquistas. Era un donjuan pertinaz, dejándola desatendida y predispuesta al reencuentro íntimo con Salvador. Vuelve a ser *culpa de los otros* (justifica Benito-el enamorado, no Benito-el escritor) que Andrea se alejara de la virtud y que Salvador no cumpliera su palabra dada al *Venerable*.

³¹ Cap. XII, pp. 90-93.

Manuel Ponce de León y Falcón

Para descubrir que este provecto caballero isleño se corresponde o, siendo más exacto, se debe corresponder con el marqués de Falfán, no sólo hay que acudir a su biografía, muy similar a la del marqués mencionado, sino al tema que vuelve a aparecer en la obra de Pérez Galdós, *Los Episodios Nacionales*. En el número 41, *España sin rey*, el tema resurge, evidentemente bien enmascarado, pero el protagonista ya no es un noble de arcaico título, sino un segundón cuyos apellidos son Urríes y Ponce de León. Personaje que se adorna con similares alamares y vueltas de piel a los que usa Falfán y a los de Manuel Ponce de León y Falcón³².

Manuel Ponce había sido el niño bonito de su casa, la fortuna le había sonreído y seguía danzando con él. Era un buen partido, míresele por donde se le mire: rico, afable, *pintor de Cámara*, mujeriego,... *puro adorno social*, como diría su amiga la marquesa de Subijana³³. Apetecible estantigua para toda aquella familia que quisiera colocar a una de sus hijas. Y siguiendo los cánones que imperaban en aquella sociedad, no había nada reprobable en que con él se estableciera el proyecto nupcial para Sisita.

Sólo dos problemas: a) liquidar el asunto con Benito. Entre intrigas, presiones y dádivas parece que se logró el objetivo, tanto con Benito como con Salvador Monsalud; b) Ponce tenía novia oficial que languidecía mortalmente sin que el pisaverde se decidiera. Pero aquí había también unas reglas no escritas, aunque aceptadas por todos: dar un golpe serpentino y audaz que comprometiera hasta el altar o hasta el campo del honor al caballero indeciso.

Creo que esta segunda se maquinó, pero algo imprevisto, por aquello de que «el hombre propone y ...», lo quebró, de lo con-

³² Biografiado por la doctora M^a REYES HERNÁNDEZ SOCORRO, *Manuel Ponce de León y la arquitectura de Las Palmas en el siglo XIX*, Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1992, Madrid; y *Manuel Ponce de León y Falcón. Pintor canario del siglo XIX*, Ed. Real Sociedad E. de Amigos del País, Las Palmas de Gran Canaria, 1996.

³³ *España sin rey*.

trario no hay razón para expedir a Sisita hacia Cuba. De cualquier forma Ponce no acusó el golpe muy rudamente, puesto que siguió, como Falfán, mariposeando hasta que, al poco tiempo, puso a vivir en su casa a la que sería madre de sus dos hijos naturales que luego reconoció.

D) *Salvador Monsalud*/Benito Pérez Galdós

Salvador Monsalud

Uno de los personajes más complejos de *Los Episodios*. Ya su nombre y apellido nos pone en alerta: Salvador *de mi salud*. Evidente que el artista ha hecho una pequeña alteración gráfica y lingüística, casi imperceptible: *salut* por salud, entendiendo que salud es sinónimo de bienestar, como *santé* puede serlo de *salut*³⁴.

Los protagonistas galdosianos en *Los Episodios* se ajustan, en términos generales y con las excepciones particulares en algunos de sus caracteres, a tres tipos:

a) *El héroe*: valiente, desenfadado, tipo *agente 007*, que está en todas partes, que todas las operaciones le salen bien, que está dotado de cualidades insuperables en un piélago de tontos, que realiza misiones imposibles. Este personaje suele tener una especie de socias, pero de menor rango (Marijuán, Tilín), e indudable éxito con las mujeres. En él se aprecia lo que Galdós quisiera ser. La edad de este personaje no dista demasiado de la que tiene el escritor, es lo que querría ser o haber sido. Por lo tanto los personajes tienen ciertas dosis autobiográficas. Instintivamente Galdós se retrata en ellos: Gabriel Araceli, Salvador Monsalud, Santiago Ibero, Nicolás Estévanez³⁵, ...

b) *El antihéroe*: elemento desaprensivo, desagradable, egoísta, vividor, que revela sus interioridades con una gran ingenuidad como para ser reveladas, y por escrito, por el propio perso-

³⁴ Recordemos que el último viaje a Francia fue ocho años antes, y que causó gran impacto en el novelista.

³⁵ Este último de carne y huesos, que protagoniza casi dos novelas.

naje, tan carente de virtudes. Personaje casi exclusivo: Juan de Pipaón...

c) *El mixto*: héroe venido a menos o sin madera de tal. Personaje al que todo se le va por la boca, grandes ideales, pero irresolución o incapacidad manifiesta para llevar a cabo sus buenos y quijotescos propósitos. En él hay una mezcla de ideas elevadas e incapacidad física para realizarlas. Algunos de ellos han entrado como héroes, pero con el tiempo han ido claudicando, cesando en sus altos ideales, para acabar aburguesándose o aceptando totalmente el sistema. Este personaje tipo surgen en la 4.^a y 5.^a serie. En él sigue apareciendo muchos elementos autobiográficos, lo que Galdós había sido y había hecho, hasta hacía poco tiempo. El escritor no se priva en contar ciertas escabrosidades de alcoba con mujeres de la calle. Narraciones impensables en etapas anteriores y que ahora su autoridad, como literato, le permite recordarlas en alta voz.

Indecisión, mansedumbre, debilidad, salud enfermiza, éxito con las mujeres, amigos de escribir y novelar: Fernando Calpena, Beramendi, Confusio, Wifredo Romarate, Tito Livio, Segismundo García Fajardo, ...

Salvador Monsalud es descrito por Pérez Galdós con tales adornos que es bueno que repasemos la lectura directamente:

«Salvador tenía pasión por la música. Al establecerse en Madrid el año 18, creía, en su candor (pues su alma era en el fondo excesivamente candorosa), que aquel arte estaba al alcance de todo el mundo. Ignoraba las inmensas dificultades técnicas jamás vencidas después de la infancia que caracterizan el arte más amable y más profundamente patético en la vaguedad soñadora de su expresión. Con estas ideas Monsalud compró un piano. Creía que en el clave todo es como vulgarmente se dice, coser y cantar. El desengaño vino al instante y el pobre joven se encorvaba con desesperación sobre el ingrato instrumento, y sus dedos de hierro herían las teclas sin poder hacerles hablar más que un lenguaje discorde y estrepitoso. Al mismo tiempo trataba de explorar el mundo de aritmética y de armonía comprendido en las cinco rayas de la cábala musical, y su mente caía rendida ante un trabajo que exige pacien-

cia sin fin y árida práctica. Un día le sobrevino un arranque de ira durante los estudios musicales, que asemejaban su casa a un conservatorio de locos, y tomando un martillo dijo a las teclas:

—¿No queréis responderme? Pues tocad ahora.

Y las despedazó. La caja no tuvo mejor suerte, y una vez vacía, la lleno de legajos. *El clave sufrió la suerte de los hombres que a cierta edad se vacían de ilusiones y se llenan de positivismo.*

La poesía escrita le cautivaba sobremanera. También se le antojó ser poeta escrito, lo cual es muy distinto de poeta sentido; pero tropezó con el inconveniente de no saber nada, grave contrariedad que estorba mucho, aunque no tanto como al músico la ignorancia técnica de su arte. [...] (Hace un larga diatriaba con el tema lamentándose de la falta de *público y amigos tocados de la misma debilidad versificante*).

Un día Salvador se sintió malhumorado. Cogió los poetas, y acordándose de Felipe II, les trató como a herejes.

Aún le quedaba un respiradero, un escape, una vía libre, aunque muy estrecha, para salirse a sí mismo y quebrantar la ley de concentración y encierro que le estaba emparedando el alma, digámoslo así: *le quedaba el periodismo*, y entonces había una prensa no despreciable, donde la juventud podía hacer sus juegos. *El Espectador* y *El Universal*, que hoy nos hacen reír, eran órganos hasta cierto punto afinados y sonoros. Salvador no dejó de hacer la prueba; pero bien pronto aquel displicente espíritu crítico de que antes hablamos le hizo aborrecibles las redacciones, como le hizo aborrecibles más tarde las logias, los clubs y la política»³⁶.

Cuando uno lee estos párrafos se pregunta ¿a qué esta disertación sobre las inquietudes artísticas de Salvador y sus posibles vocaciones laborales? Y empieza uno a ver que nuestro novelista se está mirando en el espejo de la memoria cuando él, Benito, en sus primeros tiempos en Madrid, hizo crítica musical, le tentó la poesía, el drama y acabó, en principio, encaminándose al mundo del periodismo. ¿No hizo Benito, en su primera etapa de la Corte, también sus pinitos en la política y salió hastiado de ella? Con la Masonería no sabemos que haya teni-

³⁶ Cap. XV, pp.115-116.

do relación, aunque el novelista la conocía al dedillo y siempre fue prudente con lo que comentó de ella³⁷.

«De repente descendió para él de ignorado cielo la hermosa figura de Andrea. Entonces las artes todas, que antes no habían tenido nota ni palabra, se realizaron. Andrea era la música, la poesía, la pintura, la estatuaría, hasta la arquitectura y la danza; era también, si se quiere, el periodismo, la gran política, la vida toda, en fin [...]»³⁸.

«El favorecido conocía perfectamente las horas que doña Romualda consagraba a la grave faena diaria de sus devociones, las de oficina y la logia para Campos. Aplicando bien la sentencia profundísima de uno de los siete sabios de Grecia, que dijo *aprovecha la ocasión, aquel hombre enamorado hasta la ceguera y el aturdimiento entraba en la casa*. Estas atrevidas invasiones del templo de un exaltado amor no eran ni podían ser frecuentes, y exigía gran cautela con criados y gente menuda; pero los amantes habían discurrido mil triquiñuelas y contaban con la fiel complicidad de una criada antigua. *Su ceguera, con todo, no era tanta que se ocultase a entrambos la necesidad de poner término a tal género de vida*»³⁹.

«Corrieron días felices. El, sin embargo, se proporcionaba el placer de atormentarse pensando en la probabilidad de perder a su amada; y su cavilación, despertando otros recuerdos y estableciendo los términos sistemáticos de su desgracia, llegó a darle seguridad completa de un conflicto. El alma se defendía rabiosamente contra aquella alevosa guerra de distingos y sutilezas. Por adorar, hasta adoraba los defectos de Andrea, mejor dicho, veía en ellos gracias nuevas y donaires desconocidos, por cuyo motivo, en el momento de la catástrofe, le hemos visto rechazando las razones positivas con que el pérfido *intellectus* trataba de arrancarle su hermoso sueño. *Andrea era para él la totalidad de las satisfacciones humanas y el ideal de la vida*. La amaba en globo, con sus defectos, conociéndolos y aceptándolos como se aceptan sin la más leve protesta de

³⁷ No desechar para posteriores trabajos, si Domingo Pérez Galdós, como muchos militares en Cuba, tuvo relación con el Arte Real y de ahí si pudo, Benito Pérez Galdós, sacar determinados comentarios, menos técnicos, pero más cotidianos. En el viaje a Francia tuvieron mucho tiempo para hablar entre ellos, de todo.

³⁸ Cap. XV, p. 116.

³⁹ Cap. XII, pp. 93-94.

los ojos las manchas del Sol. *Ni por un momento pensó en apartarse de ella por causa de tales lunares*, accidentes encantadores que se confundían con las perfecciones, sin que el ciego amor pudiera decir dónde acababa Dios y empezaba Satán. El egoísmo estupendo del amor ahogaba entonces en Monsalud la potencia crítica que en él hemos reconocido. Para que uno y otro se separaran era preciso, pues, *que mediase una gran violencia o una traición de ella*. Esta vino, como hemos visto, [...]»⁴⁰.

Salvador intuye algo, ya pudimos ver que es prototipo del héroe galdosiano, tal vez sólo superado por uno real: Nicolás Estévez, por quien queda deslumbrado nuestro escritor. Salvador no deja de admitir que el tío-tutor está capacitado para organizar boda y quiere adelantarse, aunque tiene en sus manos elementos que le aconsejan: ¡prudencia, algo se está co-
ciendo!

«[...]».

—A mí se me está preparando una desgracia —le dijo cariñosamente—. Andrea, tengo desde hace muchos días *el presentimiento de que esta preciosa cabeza me hará traición*. [...].

—Cuando pienso en esto, Andrea —prosiguió el joven, enlazando con su brazo el cuerpo de ella—. me asombro de que tal *absurdo haya durado dos años sin desvanecerse*, y hace tiempo estoy pensando que concluirá pronto, y que tú, como todo lo que interesa a mi corazón, te vas a desvanecer, a alejarte de mí, dejándome solo con mi desgracia.

—¡Caviloso!

—¡Veo que no te defiendes con ardor: veo que no protestas como yo protestaría en tu caso! —exclamó Monsalud con la impertinente comezón de los celos—. *Andrea, tú meditas algo, tú me ocultas algo*.

—Medito que te quiero más que a mi vida —repuso ella, cerrando los ojos y apoyando la cabeza en el hombro de Salvador. mientras le deshacía el nudo de la corbata.

—Ya sabes. querida mía —repuso él, moviendo la cabeza negativamente—, que tengo motivos para no creer en palabras de mujeres. Déjame que te diga una cosa. *Yo creo que tu tío tiene razón al querer casarte; pero el pobre señor*

⁴⁰ Cap. XV, p. 116.

ignora que no puedes casarte sino conmigo. Eres tal para mí, que sin poseerte no comprendo la vida. Si me amas del mismo modo, demos fin a estas relaciones peligrosas. Casémonos, cielo [...]»⁴¹.

Cuando cae en la celada, quiere asesarla con el argumento de la zorra de la fábula y reducirla a dos motivos: el carácter de la cubanita y la situación económica que le exigirá, como consecuencia de ese carácter:

«El dolorido razonaba admirablemente, y mientras mejor razonaba, argumentando contra su propio dolor, más crecía éste, con más fuerza hincaba su agudo diente, más avivaba sus inextinguibles ascuas. Una lógica incontrovertible demostraba que habría sido gran error contraer matrimonio con Andrea: *en el carácter de la americana* había un germen maléfico cuyas consecuencias érale fácil prever a la razón fría»⁴².

«[...]».

—Eso sí, amigo Falfán —manifestó Campos—: la Prenda que se lleva usted excede a todos los elogios. [...] *Un defecto tiene*, y por lo mismo que está delante el que va a ser su marido, lo digo.... ya hemos hablado de esto el Marqués y yo; *pero este defecto es de los que dejan de serlo cuando se está en posición holgada y opulenta, como la que tendrá la marquesa de Falfán de los Godos...*, la Marquesa, sí, sí; ¿por qué no se ha de decir? He encargado hoy mismo una magnífica palangana de plata con las armas y el hermoso lema *Vallifanius Gotorum...* Pues volviendo al defectillo...

—No hay que fijarse en una inclinación propia del bello sexo y que frecuentemente adorna a las que han nacido hermosas —dijo el Marqués—. ¿No es verdad, querido Aristogitón?

—Seguramente. El señor Campos se refiere a la pasión del lujo y al delirio de las galas y atavíos para realzar la hermosura.

—Andrea se ocupa excesivamente de engalanar su persona —dijo Cicerón—; pero esto, que sería imperdonable en la esposa de un menestral, ¿puede vituperarse en la mujer de un prócer millonario? De ninguna manera.

⁴¹ Cap. XIII, pp. 97-103.

⁴² Cap. XV, p. 112.

—Al contrario —indicó Monsalud— la alta posición exige un esmero constante en la persona, cultivar el lujo, favorecer las artes, con lo cual, una dama elegante da lustre a su marido y a la casa cuyo nombre lleva.

—¡Oh! Ha hablado usted acertadamente —dijo el marqués, echándose atrás y dándose golpecitos en la boca con el puño de su bastón»⁴³.

¿Cómo es posible que nuestro *agente 007* se deje arrebatar, por segunda vez, a la amada? Antes Jenara Baraona que desechada se refugia en Carlos Navarro; ahora es un decoroso estafermo, «engomado y lustroso, como un muñeco que acaba de salir del taller de juguetes;» quien le arrebató la prenda amada. ¿Cómo es posible tanta irresolución en Salvador Monsalud? ¿El que con su sola presencia trastoca la vida de la dominica sor Teodora de Aransis hasta hacerla inductora de un suicidio?⁴⁴ ¿Es qué es realmente a Salvador Monsalud a quien le arrebatan la novia, él que ha llenado tantas páginas de acción, o es a otro personaje, el cual se ha escapado del subconsciente del autor del ficticio? ¿Es qué el nombre masónico de Monsalud, Aristógiton⁴⁵, no significa nada? ¿No es acaso el mismo que llevaba el tiranicida ateniense? ¿Es qué puede Salvador quedarse inerme?

Indudablemente ella no era ajena al plan, en un momento Campos le dice a Salvador:

«—¡La traición —dijo Campos con gravedad irónica—. Pero, hombre..., ¡qué palabrotas se estilan ahora! Di más bien que mi sobrina comprendió lo que sacaba del noviazgo contigo [...]»⁴⁶.

Su palabra de caballero *Kadossch* le había alejado de la ahora desamada, por su parte él puso el precio o condición. Pero el mundo gira, los acontecimientos han variado. Falfán y Andrea viven desentendiéndose el uno del otro. Un fortuito hecho oca-

⁴³ Cap. XIV, p. 107.

⁴⁴ Trama final de *Un voluntario realista*.

⁴⁵ En la obra figura como palabra aguda: Aristogitón.

⁴⁶ Cap. XVI, p. 124.

siona el rencuentro de Andrea y Salvador. La fugaz intimidad de Salvador con una mujer que el novelista describe con estas palabras, y que reitera en sucesivos párrafos: «Andrea está tan delicada...»/«... haciéndose la interesante con su languidez de dama enfermita»⁴⁷; «encontré a la marquesa muy desmejorada y triste en gran manera, lo cual no sé si me causó pena o alegría»⁴⁸. Para asombro del lector este encuentro con tercería, tiene todas las características de un simple ajuste de cuentas, de una aventura más en el catálogo del irresistible Salvador o es acaso el sueño del otro personaje. Ese personaje que no se ajusta al decidido *agente 007*, el que se ha escapado de la intimidad del *novelador*.

«[...] Había yo perdido la noción de la distancia y del tiempo. Vi una calle larga y solitaria, con muchas rejas verdes llenas de tiestos de albahaca. Vi una fila de casas de fachada blanca iluminadas por el sol y otra línea de casas en la sombra. Yo buscaba el número 26, cuando sentí pisadas de caballos. Delante de mí, como a cuarenta pasos, abrióse una gran puerta y salieron tres hombres a caballo. ¡Era él!

Corrí, corrí... Iba vestido con el traje popular andaluz y su figura era la más hermosa que puede imaginarse. Los otros dos vestían lo mismo. Caracolearon un instante los corceles delante de la casa, y en seguida emprendieron precipitadamente la carrera en dirección a la puerta de Carmona.

Yo corría, corría, y al mismo tiempo gritaba. Mariana, que no había perdido el juicio, me detuvo enlazando con sus dos brazos mi talle. Mi furor estalló con un grito salvaje, con una convulsión horrible y este apóstrofe inexplorable: ¡Ladrones! ¡Ladrones!

En el mismo momento en que yo rugía de este modo, dos mujeres se asomaban a la ventana de la casa y saludaban a los jinetes con sus abanicos. El miró repetidas veces hacia atrás y saludaba también, sonriendo. Vi brillar

⁴⁷ *Los cien mil hijos de San Luis*, cap. XX, p. 114. Comentario del narrador.

⁴⁸ *Los cien mil hijos de San Luis*, cap. XXII, p. 123. Estas son expresiones, no del narrador, sino de Jenara Baraona, viejo amor de Monsalud, que ahora lo acosa y se hace cargante.

el lente de doña María Antonia, vi los negros ojos de Andrea... ¡Oh. Satanás, Satanás! [...] Perdí el conocimiento»⁴⁹.

Benito Pérez Galdós

Es un personaje desconcertante, toda la desmesura que coloca en sus héroes le falta a él. Todos los ideales que defiende o que cree defender, pues en sus otras obras los manifiesta, en la realidad los ahoga en él. Si criticó severamente el sistema restauracionista no deja de participar en él, aunque sea simbólicamente⁵⁰. Si defiende la emancipación de la mujer y conoce su alma, no es el trato cotidiano el que lo demuestra. ¿Dónde está Benito Pérez Galdós? ¿Por qué ese divorcio tan manifiesto?

Monsalud hace un treno que tal vez Benito suscribía, y que se inicia así:

«—Otra equivocación —decía—, otra caída, otro desencanto. Todo aquello en que pongo los ojos se vuelve negro. Si mi corazón se apasiona por algo, persona o idea, la persona se corrompe y la idea se envilece. Conspiro, y todo sale mal. Deseo la guerra, y hay paz. Deseo la paz, y hay guerra. Trabajo por la libertad, y mis manos contribuyen a modelar este horrible monstruo. Quiero ser como los demás, y no puedo. En todas partes soy una excepción. Otros viven y son amados, yo no vivo ni soy amado, ni hallo fuente alguna donde saciar la sed que me devora. ¿Amigos? Ninguno me satisface. ¿Artes? Las siento en mí; pero no tengo educación para practicarlas. ¿Amor? Siempre que me acerco a el y lo toco, me quemo. ¿Religión? Los volterianos me la han quitado sin ponerme en su lugar mas que ideas vagas Dios mío, ¿por qué estoy yo tan lleno y todo tan vacío en derredor de mí? ¿En dónde arrojaré este gran peso que llevo encima y dentro de mi alma? Voy tocando a to-

⁴⁹ *Los cien mil hijos de San Luis*, cap. XXXI, p. 172. Con este relampagueo desaparece Salvador Monsalud del *Episodio*.

⁵⁰ Parece que no llegó ni a decir una docena de palabras en el Congreso de diputados. Cfr. A. ARMAS AYALA, *Galdós, diputado por Puerto Rico*, Congreso Galdosiano II, t. II, pp. 103 -112; y *Galdós y la política*, C. G. III, t. II, pp. 475-488.

das las puertas, y en todas me dicen: Aquí no es, hermano; siga usted adelante [...]»⁵¹.

Y así sigue el lamento de un hombre solitario, desengañado, desesperado que todo lo ha intentado y nada le satisface, que acaba preguntándose «¿Por qué soy tan distinto de los demás, que en ninguna parte encajo?»

¿No nos recuerda ésto al inconformismo del solitario Pérez Galdós, que mohíno se deja llevar y manejar por familiares y amigos? Sólo hay dos cosas que le son vitales y que le permiten seguir viviendo en estos momentos: la literatura y los encuentros amorosos fugaces.

¿Por qué Benito acepta la situación? ¿Cómo es que no se reveló, cómo es que no buscó una salida favorable a sus pretensiones? ¿Fue su carácter o es que Pérez Galdós, en el fondo, pensaba igualito que el resto de la sociedad que entendía a las mujeres como artículo de compraventa o al menos incapacitadas para tomar sus propias decisiones? Eso es lo único que nos permite admitir que él optara por la decisión que tomó: una sólida *luna*, antes que una veleidosa jovencita. Se hace muy difícil aceptar que un enamorado se percatara del peligroso defectillo que Andreïlla-Sisita tenía y, ya conocido éste, diera por buena e incontestable la ruptura.

Aceptado el ucuse familiar. Puesto en Madrid, Benito realiza las mismas tareas que Salvador cuando llega a la Villa y Corte en el año 1818, además de preparar sus estudios de Derecho, a los que dedicó un entusiasmo y dedicación ya conocidos. Esta vida de pésimo estudiante se acaba de descomponer con algo que él nunca querrá aclarar y que en el artículo que elabora con Palacio Valdés tampoco se explica nítidamente. Este trastorno fue en el año 67. Año misterioso, crítico, para nuestro investigado novelista. Año que se incorpora a la universidad ya pasado el mes de febrero⁵². ¿Qué le ha retenido en Canarias? ¿Se resistiría a abandonar la isla? ¿Habría recibido esperanzas de Sisita? «[dice José Campos:] No creas que me ha costado poco

⁵¹ Cap. XV, p. 115.

⁵² Hay una notificación del rector, en febrero, en donde se comunica que el destinatario no está en su residencia.

cautivar a Andreïlla. La pícara se nos escapaba como una mariposa *cuando creíamos tenerla segura*; pero conquistado tú, que eres el Montjuich, la rendición de la ciudadela es inevitable... ¿Te das por conquistado?».

¿Qué pasó ese año que cuando vuelve a Madrid sufre una alteración de tal calibre que se hace necesario que la familia, a petición de los amigos, tome medidas extras? Pepe Hurtado de Mendoza, entenado de Sisita y esposo de Carmen Pérez Galdós, organiza viaje a París, a la Exposición Internacional. Va él y su hijo de corta edad, el futuro gran amigo del escritor Benito, y, en cambio, no va Carmen, a quien nada retenía en casa. Padre e hijo pasan a recoger al *atortolado* Benito quien, como él mismo se autocalifica en el artículo de Palacios Valdés, no estaba en sus cabales a la hora de preparar el equipaje.

No vuelve a Canarias hasta el año 1869. Que no volviera en el 67 puede ser entendible, no había grandes comodidades para estos desplazamientos, siempre caros. ¿Pero en todo el 68?

En el año 68, para el verano, Domingo Pérez Galdós y Magdalena, hacen la misma operación, recogen a Benito y lo llevan a Francia. ¿Cómo es que no viajaron todos juntos el año anterior, con lo que en aquellos tiempos costaba organizar un viaje desde Canarias? Parece que estas dos salidas responde más a un plan que favoreciera a Benito que, a lo que algunos creen, a Domingo y Magdalena. Se argumenta que éstos fueron impulsados por la pérdida de su hijo Chanito, fallecido en febrero del 68. No obstante me atrevo a hacer dos notas marginales: a) la muerte en aquella sociedad era harto frecuente, su presencia estaba en el día a día, difícil que originara un desplazamiento tan lejano y duradero. Precisamente la etiqueta del luto aconsejaba lo contrario: recogimiento; b) en el verano del 67 el niño no sufría indicios de enfermedad alguna.

De este último viaje hay que señalar como mínimo dos cosas:

— que cuando regresaban a España, en Barcelona, conocen la noticia del destronamiento de Isabel II. Ciudad que ve nuestro caballerito por primera vez. ¿No oiría aquello de conquistado el Montjuich, la rendición de la ciudad es inevitable? Verdad que no es frase muy común fuera de

aquella zona, si es que se usa. ¡Cómo se le quedó impresa en la mente!

- durante la estancia de Domingo y Magdalena en Sevilla, éstos consultan a Valeriano Fernández Ferraz, profesor, amigo y paisano de Benito, sobre la posibilidad de publicar una obra del depresivo hermano, algo que más tarde Magdalena, ya viuda costeó, y fue ésta *La Fontana de Oro*. ¿Era parte de *la luna* o el matrimonio Pérez Hurtado de Mendoza era consciente del trastorno que habían producido en Benito y quería resarcirle ahora?

Otro dato que no debemos perder de vista es la conducta de Benito en Madrid, su desaforada relación con las mujeres, más propia de un poseso que de un hombre sensible, romántico. No parece que Benito buscara su mujer ideal, entre las muchas con las que se relacionó, más parece un desquite o un simple desahogo. Ciertamente que con el tiempo se fue sosegando y estableció unas amistades, no simultáneas, con determinadas mujeres de cierto lustre intelectual —no quepa duda que la pardo Bazán supera el «cierto» con mucha holgura—, pero no fue la nota romántica y enamoradiza la dominante de quien siempre se ha dicho que conoció el alma femenina como pocos. Ya nos recuerda el doctor Marañón, muy amigo de Pérez Galdós, que los excesos tenorioscos esconden conductas frutos de experiencias depresivas, de desengaños. Las aventuras de Benito no fueron pocas, algunos maestros tuvo nada más llegar a Madrid y de ellas da cuenta el escritor, en la quinta serie, encubriéndolas cuidadosamente. ¿Y si no qué son las que le suceden al ingenuo Wifredo Romarate, motejado con el latinazgo de *don Gaíferos*, en *España sin rey*?

E) *Romualda Campos/Adriana Tate*

Romualda Campos

Es un personaje fantasmal que debiendo realizar una cuidadosa labor tutorial sobre Andrea, resulta que es todo lo contra-

rio. La tía Romualda ha hecho una dejación absoluta de sus funciones, está más preocupada por sus problemas, ridiculizados por el novelista, que por lo que se avecina. Creo que su presencia sólo la justifica que en la realidad había un personaje similar y Pérez Galdós no se atreve a suprimirla por aquel principio, tan querido por él, ya enunciado al inicio de este trabajo: «...la ficción verosímil, ajustada a la realidad documentada...». Galdós la describe así:

«los frecuentes viajes de Campos la ponían [a Andrea] bajo la inmediata protección de doña Romualda, que por aquellos días no había salido aún de la etapa de las calaveradas amorosas.

[...] Mal atendida por su tío y peor tratada por doña Romualda, a quien aborrecía cordialmente, la joven vivía ensimismada, cultivando con ardor su propia imaginación. [...] Su familia favorecía más cada vez aquella libertad. Doña Romualda, que empezaba a sufrir la transformación de la edad paleolítica de los amores a la edad neolítica de las devociones, tenía mucho que hacer: estaba en la iglesia»⁵³.

En esta descripción de la señora doña Romualda se aprecian unas incongruencias metafóricas que, evidentemente, ocultan algo: calaveradas amorosas/estaba en la iglesia. ¿Eran las *calaveradas* con alguien de la iglesia? o ésta última expresión oculta todavía algo más: estar «consagrando». Es esta una expresión usada como sinónimo jocoso de catar bebidas alcohólicas.

Y con esta pocas líneas la señora desaparece de la trama novelada.

Adriana Tate

De las relaciones entre Adriana y su hija Sisita poco se sabe. De ésta no queda ninguna foto, sí había de aquella que parece ser mujer de buena presencia.

Siempre me ha extrañado como fue aceptada por sus hijos, después de un segundo matrimonio y maternidad frustrada y de

⁵³ Cap. XII, p. 90.

las relaciones con José María Galdós Medina. Por muy liberal que fuera la sociedad cubana de aquella época, no podía ser grata la situación de esta niña, Sisita. De esta niña que es reconocida manifiestamente por ambos, pues no hay duda de que no podía pasar por la del anterior matrimonio. Por otra parte, llama la atención que no se hubieran desecho de ella, entregándola a que fuera criada por terceras personas.

Es difícil definir su papel en esta relación Sisita-Benito. Posiblemente madre e hija no debían llevarse muy bien, pues al problema generacional hay que añadir el propio del nacimiento de la niña. Se hace aconsejable remitirnos, una vez más, al magnífico libro biográfico de Ortiz-Armengol donde podemos captar la compleja situación de mrs. Tate que tanto se asemeja a la de Romualda Campos.

El embajador Ortiz-Armengol da a entender que Benito estuvo, en un principio, deslumbrado por la anglo-norteamericana, madre de su hermana política Magdalena. La viuda Tate, según el diplomático, debió romper muchos esquemas en la discretísima vida de los Pérez Galdós de la calle Cano.

F) *Solita/Magdalena Hurtado de Mendoza
y Tate de Pérez Galdós*

Solita

«Como cronistas, sentimos tener que decir que Solita era fea. Fuera de los ojos negros, que aunque chicos eran bonitos y llenos de luz, no había en su rostro facción ni parte alguna que aisladamente no fuese imperfectísima. Verdad es que hermo세aban la incorrecta boca finísimos dientes, mas la nariz, redonda y pequeña, desfiguraba todo el rostro. Su cuerpo habría sido esbelto si tuviera más carne, pero su delgadez exagerada no carecía de gracia y abandono. Mal color, aunque fino y puro, y un metal de voz delicioso, apacible, que no podía oírse sin sentir dulce simpatía, completaban su insignificante persona. *Es sensible para el narrador que su dama no tenga siquiera un par de maravillas entre la raíz del cabello y la punta de la barba: pero así la encontramos y así sale, tal*

como Dios la crió y tal como la conocieron los españoles del año 21»⁵⁴.

Bien raro es que Pérez Galdós describa a uno de sus personajes queridos con un realismo tan severo, pues ya conocemos su técnica a la hora de apuntar datos positivos o negativos. Él que siempre encuentra a sus héroes y heroínas, sean de primera fila o de segunda, como el summum de la perfección, de superior calidad, no se recorta ni un pizco, ni siquiera le encarga la descripción a un personaje —para aminorar la situación—, con la casi hermana de Salvador. No, nos la muestra tal y como la conoció el cronista.

Soledad Gil de la Cuadra se constituye, por fuerza del destino, en la atenta y silenciosa hermana, «—Cuando el pobre Gil se separó de nosotros, quiso que fuésemos como hermanos. Trátame como se tratan los hermanos, y llámame Salvador a secas y tú»⁵⁵; la que sustituye a la madre cuando ésta fallece, cuando no está. Aunque no parece, en la obra, que Salvador le hiciera mucho caso a su madre y sí, en cambio, a Solita con la que tiene sus bromas, sus secreteos propios de edades similares, tímidamente correspondidos; y con la que tiene un asunto de vital importancia para ella como era la salvación física de su padre, Urbano Gil de la Cuadra.

Solita es el referente familiar en Madrid, ella es quien organiza su vida doméstica, es la paz del atribulado Salvador Monsalud. Pero algo planea entre ellos: alguien⁵⁶ ha dicho que Salvador tuvo ciertas intimidades con la segunda mujer del oidor de la Chancillería de Valladolid, don Urbano Gil de la Cuadra. Algo que aquél se apresura a desmentir, pero que en *El equipaje del rey José* el novelista lo insinúa por activa y pasiva, y que ahora queda demostrado con unas cartas de evidencia inapelable. Este *Episodio* pertenece a las series en las que el *escribidor* no se atreve todavía a detallar, con su cualidad omnisciente, escenas que calificaré de arriesgadas para un artista principian-

⁵⁴ Cap. III, p. 24.

⁵⁵ Cap. XI, p. 85.

⁵⁶ Cap. XXVII, pp. 210-213. En el momento en que Gil de la Cuadra está en la misma celda que José Regato.

te pues se le pueden cerrar las puertas de publicar por no agradecer a los editores.

Pero Solita volverá, en Episodios próximos, a ser el referente de Monsalud y el ideal de amor doméstico con Benito Cordeiro.

Magdalena Hurtado de Mendoza Tate de Pérez Galdós

Fue, junto con Caridad Ciria, hermana política de Benito Pérez Galdós⁵⁷. Había casado con Domingo en 1848 y en 1870 enviudó. Y como si la muerte de Domingo liberara al clan Hurtado de Mendoza, o su situación en Las Palmas de Gran Canaria se les hiciera incómoda, Magdalena, primero, su hermano Pepe con su familia y Concha Pérez Galdós, después, marchan a Madrid a instalarse con Benito. Aquella sin razón aparente, éstos por la educación universitaria de sus hijos.

Carmen Pérez Galdós, auxiliada por Concha, es la que se hace cargo de las pesadas y monótonas tareas domésticas. Magdalena es la rica benefactora del artista y, posiblemente, del hombre que encerraba Benito, pues por su educación, que había sido en EE.UU., junto a una madre tan liberal como Adriana Tate, tendría unas miras más amplias que las mujeres de la calle Cano. Esto y aquello le habrían dado categoría de familiar especial del escritor en Madrid. Fue, como parece que lo había sido antes, su consejera discreta. Recordar lo que deja escrito el biógrafo de Galdós, Ortiz-Armengol, sobre el impacto que causó la anglo-norteamericana Adriana, madre de Magdalena, en el muchacho de la estrecha calle Cano.

EPÍLOGO

⟨La vida de un escritor puede estar en sus libros, y la obra de Galdós no puede ser una excepción. Es lícito entrar en inducciones para suplir, hasta cierto punto, la falta de noticias seguras

⁵⁷ Sebastián Pérez Galdós no llegó a casarse legalmente, aunque tuvo dos hijo, según su testamento.

y ello siempre con tiento al conjeturar y suponer hechos, ideas, inclinaciones del biografiado), *Clarín* dixit⁵⁸.

BIBLIOGRAFÍA/FUENTES

Archivo del Gabinete Literario

Libros de actas de la Junta Directiva.

Anales Galdosianos

DENDLE, BRIAN J.: «Palacio Valdés, "Un estudiante de Canarias": A forgotten article of 1883, pp. 97-104, 1989.

Congresos Galdosianos

(Actas del Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. Ediciones Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria)

ARMAS AYALA, A.: *Galdós, diputado por Puerto Rico*, C. II, 1980, t. II, pp. 103-112.
— *Galdós y la política*, C. III, 1989, t. II, pp. 475-488.

CASALDUERO, J.: *Los Episodios Nacionales dentro de la unidad de la obra galdosiana*, C. I, 1977, pp. 135-144.

HURTADO DE MENDOZA, A.: *Don Benito Pérez Galdós jamás olvidó su tierra natal*, C. I, 1977, pp. 15-23.

LLORENS BARGES, C.: *El diputado señor Pérez Galdós*, C. II, 1980, t. II, pp. 219-341.

PÉREZ VIDAL, J.: *En aquella casa*, C. III, 1989, t. I, pp. 53-63.

Libros/Revistas

ALAS, L.-Clarín: *Pérez Galdós. Estudio crítico biográfico*, Ed. Fernando Fe, Madrid, 1889.

FERNÁNDEZ, DAVID W.: *Diccionario biográfico canario-americano*, Ed. Cabildo Insular de Tenerife, Ayuntamiento de Teguiise, Centro de Cultura Popular Canaria, Sta. Cruz de Tenerife, 1989.

HERNÁNDEZ SOCORRO, M.^a R.: *Manuel Ponce de León y la arquitectura de Las Palmas en el siglo XIX*, Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1992, Madrid.
— *Manuel Ponce de León. Pintor canario del siglo XIX*, Ed. Real Sociedad de Amigos del País, Las Palmas de Gran Canaria, 1996.

HINTERHAUSER, HANS: *Los "Episodios Nacionales" de Benito Pérez Galdós*, Ed. Gredos, Madrid, 1963.

MESA Y LÓPEZ, R.: *D. Benito Pérez Galdós. Su familia. Sus mocedades. Su senectud*, Ed. Pueyo, Madrid, 1920.

⁵⁸ L. ALAS-Clarín: *Pérez Galdós. Estudio crítico biográfico*, Ed. Fernando Fe, Madrid, 1889.

- ORTIZ-ARMENGOL, PEDRO: *Vida de Galdós*, Ed. Crítica, Barcelona, 1996.
- PÉREZ GALDÓS, B.: *Memoria de un desmemoriado. Obras completas*, t. VI, Aguilar, Madrid 1951.
- *Episodios Nacionales*: Segunda serie: *El equipaje del rey José. Memorias de un cortesano de 1815. La segunda casaca. El Grande Oriente. Siete de julio. Los cien mil hijos de San Luis. El terror de 1824. Un voluntario realista. Los apostólicos. Un faccioso más y algunos frailes menos*. Edición patrocinada por «Historia 16» y «Caja de Madrid». Comentarios de Juan Ignacio Ferreras, 1996, Madrid.
- PÉREZ VIDAL, J.: «“Las Canarias”, un “episodio” desconocido de Galdós», en *Homenaje a Agustín Millares Carlo*, Ed. Caja de Ahorros de Canarias, 1975.
- *Canarias en Galdós*, Ed. Cabildo de Gran Canaria, 1979.
- *Galdós años de aprendizaje en Madrid 1862-1868*, Ed. Vicepresidencia del G. de Canarias, Madrid, 1987.
- *Galdós en Canarias, 1843-1862*, Ed. Museo Canario, 1952.
- RODRÍGUEZ DÍAZ DE QUINTANA, M.: *Familia Naranjo*. Estudio mecanografiado conservado en el Museo Canario.
- SAINZ ROBLES, FEDERICO C.: *B. Pérez Galdós. Obras completas*. VV.TT. Aguilar, Madrid, 1966, 8.^a edición.

Prensa

- El Ómnibus*, Las Palmas de Gran Canaria, Museo Canario.
- El País*, Las Palmas de Gran Canaria, Museo Canario.

Fuente oral

- Alzola González, José Miguel.
- Hurtado de Mendoza y Sáenz, Ambrosio.
- Rodríguez Díaz de Quintana, Miguel.
- Sánchez Doreste, Josefa.